

Julia Elena

Victoria Villanueva Chávez



Victoria Villanueva
Julia Elena, una historia de mujeres

Elba Lujan
Escritora

Conozco a Vicky más de 50 años, de los cuales ha dedicado cerca de 40 al movimiento feminista peruano, del que es una destacada pionera. La amistad que nos une lleva pues un largo recorrido, y como toda amistad significativa algunos tiempos han sido más estrechos que otros, y no faltaron algunas borrascas, pero el cariño ha sido siempre la amalgama que nos mantuvo unidas, así como a nuestras familias. Yo tendría unos 17 años cuando la vi en una manifestación política cerca de la Plaza Unión, recuerdo cuánto me impactó la fuerza, energía y convicción que transmitían sus gestos, su mirada, incluso su sonrisa, segura de estar cumpliendo lo que la vida le planteaba en esos momentos, como lo hacía con toda una generación. No sabría definir cómo se fue tejiendo nuestro vínculo, probablemente coincidíamos en múltiples actividades, aunque tal vez lo principal estuvo en nuestras búsquedas intelectuales, porque como autodidactas buscábamos siempre aprender y beber de cuanta fuente nos entusiasmaba, lo que nos dio una complicidad muy particular y muy profunda. En ella esa búsqueda se manifiesta con mucha confianza y optimismo, incluso en relación con aquellas ideas o experiencias que apenas asoman por el horizonte. Su sensibilidad para con la belleza en los más variados ámbitos es tal vez lo que le da esa plasticidad y esa capacidad para escudriñar nuevos territorios, y creo que este libro en particular surge de esa capacidad tan suya.

Si bien *Julia Elena* se ofrece como una sencilla memoria familiar es simultáneamente la evocación de toda una época -no hace mucho- cuando las vicisitudes del vivir estaban íntimamente enlazadas a otros, familia, comunidad, amigos, vecinos, a su afecto, amistad y confianza. En realidad, creo que Vicky nos está entregando y confiando un tesoro en torno a la figura de su madre, y haciéndolo nos permite volver los ojos sobre nuestra propia memoria, donde tal vez nos sea posible encontrar aquellas voces que, a pesar del tiempo que nos separa de ellas, nos enseñaron a nombrar, a dar sentido al caos o confusión de la vida y cuya rememoración puede, paradójicamente, darnos luces para afrontar el futuro.

«Sal de la cocina, hija... anda a tus libros, acá no me ayudas...» es la frase que abre las páginas de *Julia Elena*, es una frase clave en la que aparecen dos palabras esenciales: cocina y libros, alimentos para el cuerpo, la mente y el alma, es decir fuego, fusión y transformación, presentes en la memoria y el reconocimiento de esa

lúcida abuela, madre de Julia Elena, y con ella de toda una muchedumbre de mujeres generosas, trabajadoras, solidarias, y creadoras de afectividad y contención a los que alude, de manera similar, la intelectual búlgara Julia Kristeva. Ella se refiere a espacios de intimidad, noción que apareció ante mis ojos en el momento más oportuno. Resulta que mi siempre saturado correo me amenazaba con no sé qué maldades si yo no borraba mensajes e imágenes que adoro conservar. Tuve que detener mi placentera lectura de *Julia Elena* para ponerme en la tarea de seleccionar qué eliminar, qué conservar... En esas andaba cuando encontré una cita no textual de esa autora. Llegó como un regalo caído del cielo porque misteriosamente guardaba perfecta sintonía con lo que yo estaba intuyendo y pensando, en relación con el texto de Vicky. Por más que busqué la fuente y la cita textual, no me fue posible dar con ellas, entendí que tenía que vérmelas sola. Ella habla sobre la importancia de los vínculos en nuestras sociedades contemporáneas y sobre el peligro que entraña la descomposición o destrucción de los espacios emocionales, de esos vínculos con Otros, con Otras, que ofrecen la posibilidad de proteger ámbitos de confianza e intimidad. Kristeva dice en otro texto que *Nuestra civilización está quebrándose en razón de esta dificultad (...) que los últimos defensores de ese espacio, esos afortunados de la vida interior son...* y han sido, digo yo, personas como Julia Elena, y ahora Victoria con este libro. Pues, innegablemente, su trayectoria vital está marcada por la acción, por el obrar, por estar atenta al presente, viviendo y resolviendo creativamente lo que la vida le pone por delante. Hoy, con este libro de pocas páginas ella nos está desbrozando un camino a seguir, un camino que procura, y lo consigue, recuperar por la escritura la voz, la oralidad y la contundente y solidaria presencia de una extendida red de mujeres que han sostenido y llevado sobre sus hombros aquello máspreciado en toda existencia: el amor y la amistad; Kristeva habla de intimidad, de vínculos, que podrían «un día, sentar las bases de otra política».

La destacada historiadora Sara Beatriz Guardia organizó a través del CEMHAL un simposio internacional sobre Las mujeres en la guerra del Pacífico, aquellas heroínas, invisibilizadas por la historia, que silenciosamente tendieron una magnífica red de solidaridad y ayuda en funciones fundamentales y concretas. Lo menciono porque encuentro que los hilos de aquella red son los mismos que, aunque en otro contexto, respiran serenamente en los entresijos de cada página de este libro. Ese ha sido el esfuerzo de Vicky, rastrear en cartas, documentos y recuerdos para impedir que el silencio corroa esos hilos, y traerlos a la luz como parte de esa trama indestructible que, a mi modo de ver, es la más genuina expresión de una consistente propuesta política, entendida esta como vida en común, colectiva, no limitada al ejercicio de las consabidas formas de poder, en perfecta armonía con los desafíos del tiempo actual.

Un aspecto que también quiero destacar en este libro es la naturalidad y el desenfadado con el que Vicky aborda los distintos episodios que lo conforman. Ningún artificio, ninguna concesión a condicionamientos ajenos a su propia fluidez, ninguna atadura formal, una manera de historiar que no obedece a fórmula alguna, que va en la línea de lo que otra escritora peruana, Patricia de Souza, sostiene en su ensayo *Descolonizar el lenguaje*: «...no puedo evitar pensar en la capacidad de respuesta que justamente nosotras, las mujeres, poseemos en tanto que generadoras de ideas y nuevos contenidos culturales». Es así como corre la voz de Vicky, libremente, como quien asume a plenitud una íntima forma de expresión puesta al servicio de sus recuerdos, de su intuición, de esa libertad con la que ha conducido no solo este libro, sino también su vida, libertad que desde niña reclamó para sí, herencia directa de Julia Elena para quien la «escuela significaba la libertad».

Y como la libertad puede ser muy contagiosa, me animo a compartir un pequeño episodio de la amistad con Vicky. Estamos a fines de los años 70, habíamos formado una empresa de servicios, se llamaba Quipu, y con otras amigas, una de ellas la querida y brillante Olga Mejía, hacíamos traducciones, transcripciones, organización de reuniones, y no me acuerdo qué más... incluso nos habíamos comprado máquinas de escribir IBM, que eran enormes, azules y tenían bolita. El local donde funcionaba esta microempresa era nada más, ni nada menos, que el garaje de la casa donde vivían Julia Elena y el Mayor Víctor. Él siempre permanecía entre miles de libros y papeles, sentado de espaldas a la puerta de su escritorio, casi solo se le veía su cabellera blanca aleonada; entre tanto Julia Elena siempre estaba cerca de nosotras, con la delicadeza de su sonrisa y de sus años. Con ella desarrollé una suave amistad basada en sus conocimientos culinarios, a pesar, como escribe Vicky, de que Genoveva le había dicho que salga de la cocina, Julia Elena se hizo dueña y señora de todas las cocinas que pasaron por su vida, grandes y chicas, oscuras o llenas de sol.

En la sección final del libro, aquella en cuyo epígrafe leemos: La política se quedó en su casa y no se fue más, Vicky cuenta que en abril de 1978 [ella con otras amigas] creaban una organización de mujeres para luchar por sus derechos... hoy sabemos bien que esa organización es Manuela Ramos, grupo del que formé parte en sus inicios, hace más de cuarenta años. Las que lo iniciamos veníamos de una militancia política común. Nos reuníamos para hablar de nuestras vidas, casi siempre lo hacíamos en un departamento de esa maravillosa comunidad que es San Felipe. En ese entonces discutíamos sobre la orientación que nuestras reuniones debían tomar y a la vez buscábamos un nombre que nos representara. Así estuvimos un tiempo hasta que un día apareció Vicky proponiendo llamarnos Manuela Ramos, nombre

simple, llano, fácil de recordar y que no aludía a nadie en particular, pero que nos abrazaba a todas. El aplauso fue general. Luego nuestros caminos tomaron cursos distintos y la vida continuó. Y aquí seguimos, juntas, celebrando con la poesía de su hermano Víctor: *El recuerdo del canto de las cosas*.

Lima, 9 de agosto 2023